

MIREN ANDRADE DE ALBISU (La mujer pantera)

Alberto Eceiza Goñi



En el pasado 99, nos dejaron para siempre dos mujeres muy conocidas en el pueblo, y que tuvieron muchas cosas en común, a saber: curiosamente ambas fallecieron en fechas muy próximas, ambas eran viudas de médicos muy conocidos en Rentería; las dos altas y rubias; las dos esbeltas y arrebatadoramente guapas. Ellas eran las viudas de los doctores Luis Samperio y Claudio Albisu.

De la mujer de Samperio, sólo me queda el recuerdo de su porte esbelto, nada más. Nunca jamás creo que crucé una sola palabra con ella y por lo tanto poco puedo decir de su persona y su carácter. No así de la mujer de Albisu, Miren, para la que yo era “Albertito” al ser compañero de correrías de su hijo Caíto.

Esto no trata de ser un estudio biográfico ni nada de eso, simplemente me conformo con que sea un reflejo del espíritu que animó a las mujeres que empujaban a los hombres que hicieron posible el desarrollo renteriano de los años sesenta. Para ello he elegido a Miren Andrade de Albisu, recientemente fallecida, por ser la esposa de un trabajador independiente.

Pero antes permítame que les sitúe en la época de la cual yo tengo mi visión particular.

Pensando un poco en el pasado, repasando los acontecimientos que reflejan revistas y recortes de periódico, desde la explosión de la bomba atómica en Hiroshima, hasta nuestros días, llego a la conclusión de que la generación de los que nacimos alrededor del año cuarenta y cinco, fuimos una generación privilegiada por distintos motivos..

En el transcurso de este medio siglo largo, fuimos testigos del cambio de hábitos y modos de vida producido por el gran desarrollo de los sesenta; de la estabilidad alcanzada posteriormente en los setenta, hasta casi el final de la década; del principio del declive y posterior crisis de los ochenta y noventa; y el tímido resurgimiento económico, de nuevo, ahora en el dos mil.

No conocimos la Guerra Civil, nacimos después de los años del hambre y todo estaba por hacer. El Rentería de

entonces contaba apenas con dieciséis o diecisiete mil habitantes, tal vez menos, y prácticamente nos conocíamos todos, si no individualmente, por lo menos nos conocíamos todas las familias, circunstancia ésta que nos permitió desarrollarnos sin conocer distinciones entre clases sociales.

Por ejemplo: entre los chavales que habitualmente jugábamos en la Plaza de los Fueros había muchos grupos (yo pertenecía al grupo de los patinadores; en la Alameda Pequeña había otra cuadrilla, pero nosotros éramos –lo sabe todo el mundo– los que patinábamos mejor), que andábamos todos revueltos, unos patinando, otros andando en bici, jugando a canicas, etcétera, y a veces nos uníamos todos para nuestros juegos formando una gran cuadrilla en la que había de todo: dos de los hijos del médico Albisu: Caíto y José Mari; la hija del director del Banco Guipuzcoano, Arantza Mendizabal, un par de hijos de un charcutero de la plaza: José Mari y Josean Arbelaiz; el hijo de un industrial de doble imagen, zapatero/ acordeonista: Shalbetxu Bengoetxea y el resto, a no ser que se me olvide alguien, los Salsamendi, Goñi, Silván, Navarro, Lizaso, Tuñón y yo mismo, éramos hijos de trabajadores: mecánicos, especialistas, obreros, etcétera, es decir: un grupo cuyos miembros pertenecíamos a familias representativas de todo el gran espectro profesional. Pero eso, a la hora de jugar, no tenía la menor importancia, todos éramos hijos del pueblo y eso era lo importante. Nuestras madres nos habían educado para no mirar a nadie por encima del hombro, pero también para no dejar que nos lo hicieran.

En los sesenta, cuando teníamos quince años, tirabas una piedra, y donde cayera, fuese cerca o lejos, mirabas alrededor y encontrabas media docena de talleres o fábricas donde trabajar; para ello, tan sólo había que dar el nombre en la portería, y al otro día te llamaban ya para que te presentases a las ocho de la mañana dispuesto a empezar tu vida laboral. Alternando, claro está, con la asistencia a la Escuela Sindical de Formación Profesional Nuestra Señora de la Asunción, “La Sindi”, o “El Topo”, como prefieran..

Habían llegado las vacas gordas. Buena falta que nos hacían, y a todos además. Y a lo mejor, el secreto de la ausencia de distinciones sociales, era ése precisamente, que nadie tenía nada, y en un mundo de carencias, donde el que más y el que menos está a verlas venir y todo el mundo se conoce, es más propio arrimar el hombro solidariamente que no andar con tonterías clasistas. Un ejemplo de ello lo tenemos en la familia del médico Albisu. Él era Don Claudio, por supuesto, no en vano era doctor en medicina, y eso del tratamiento a los doctorados, en aquella época se llevaba a rajatabla. Uno era doctor, y por lo tanto le correspondía el “don” por delante del nombre, pero ahí terminaban todas las distinciones. Tenía que trabajar como un burro para poder sacar adelante los estudios de toda su prole. Lo mismo que Alejandro Salsamendi en Luzuriaga, Salvador Bengoetxea poniendo “medias suelas”, Arbelaitz confeccionando metros y metros de txistorra, Leonardo Goñi repartiendo sacos de carbón con la bicicleta, o Eceiza padre haciendo tirafondos en “Pekín”, etcétera. Todos estos, claro está, sin el “don” por delante, pero con el mismo afán y con la misma necesidad..

Pero el motor que movía a todos estos afanosos currantes, así como al resto de los varones renterianos eran sus respectivas cónyuges y madres. Hay trabajo pues ¡Hala!, Hijo mío, ¡A trabajar! Y los de más “posibles” ¡A estudiar!

Ellas fueron el motor del desarrollo renteriano, eran las que empujaban a los hombres, ya que en aquellos años las casadas se quedaban en su casa al contraer nupcias, y ya que no se les permitía andar a fabril toque de “tuto”, ellas empujaban y empujaban, y a ver quién era el guapo que se resistía. Como ejemplo del carácter de esas mujeres déjenme que les ponga un ejemplo. Un ejemplo que además sirva de homenaje a una gran mujer que nos dejó a últimos del pasado año: Miren Andrade de Albisu.

Para que se hagan una idea del carácter de aquellas mujeres, lo mejor es contar un par de anécdotas. Allá van..

LA “MULTIMADRE”

Como decía antes, acabábamos de pasar una época de penurias y carencias de todo tipo y, quienes conservaban su salud íntegra, sin taras de los recientes tiempos pasados, ya se consideraban afortunados. En la mujer eso era una inmensa suerte ya que la buena salud permitía criar retoños fuertes y sanos, y las madres que podían criar a pecho a sus hijos eran una bendición para la familia.

Por el contrario, la mujer incapaz de criar a su prole, era un cúmulo de problemas, ya que entonces la seguridad social no ayudaba a la crianza con leches artificiales, y la

economía de cualquier familia no podía permitirse esos gastos. Por eso eran corrientes los “hermanos de leche” que eran los niños de alguna vecina que se criaban a la vez que los propios para aprovechar los excedentes de leche materna..

Miren, además de criar a toda su prole ayudó a amamantar a varios niños, e incluso llegó a criar completamente a uno, Mikel Antonio. Eran tiempos en que lo poco que se tenía se repartía solidariamente.

LA MUJER PANTERA

Como ya se ha dicho, el trabajo en fábricas estaba vedado a las mujeres casadas; no se había inventado la televisión, la radio era más bien una curiosidad que una compañera de ocio; vamos que no tenía nadie radio, y en los meses de vacaciones escolares, a ver quién aguantaba a todos los hijos en casa. ¡Imposible! Si nos mandaban a jugar a la calle, a no ser que fuésemos a algo concreto como patinar, andar en bici o jugar al escondite, nuestras madres corrían el riesgo de perder el control sobre nosotros. En menos de lo que pía un pollo, ya nos habíamos escapado a nadar a Aranguren, al “Puente peligroso” o nos habíamos ido a “visitar” los cerezos de tal caserío, las peras de agua de tal otro o, simplemente, a jugar un partido de fútbol a Zentolen, y para evitar eso, la propia Miren organizaba la excursión con sus retoños más pequeños y todos sus amigos. Ella misma solía decir: *“Vamos, todos conmigo, que hoy vais de excursión con la mujer pantera”* y enfilábamos las rampas de la calle Alduncin en dirección al depósito de agua de “Las Agustinas”. En cuanto salíamos de la zona edificada, solicitaba de nosotros, de todos en general y ninguno en particular, que le agenciáramos un palo o una vara, que esgrimía con firmeza para salvarnos de los mil y un peligros que nos podían acechar al atravesar, osadamente, el bosque de Markola (que por cierto, lo cruzábamos escuchando embelesados las aventuras que en un bosque semejante corrieron, hace muchos años, unos personajes siempre desconocidos para nosotros), y que le servía también para traer al orden a la oveja que osara descarriarse del rebaño.

De esta forma, Miren mataba varios pájaros de un tiro, tenía controlado a todo el rebaño, sabía cuáles eran las compañías que frecuentaban sus hijos, se ahorra el tenerlos en casa evitando así que hicieran ruido durante las visitas particulares que su marido, el doctor, pasaba en la consulta casera, y, además no se aburría, tomaba el sol y hacía punto, disciplina ésta que dominaba de forma primorosa..

CALCETINES PARA LOS CAJONES

Un buen día estábamos Caíto y yo leyendo tebeos en el piso deshabitado que tenían debajo de su vivienda (donde posteriormente puso la consulta D. Claudio), y oíamos el ruido de serruchos y martillazos en el cuarto contiguo. Eran dos de sus hermanos mayores, probablemente Eusebio y Francisco (Patxi ahora), que trabajaban a marchas forzadas en la construcción y montaje de un mueble calcetinero de diseño propio; es decir: una especie de cómoda pequeña, llena de cajones para guardar calcetines..

A eso de media tarde, cuando los progenitores llegaron de la calle al piso de arriba, la gente esperaba ya en las escaleras a que comenzara la consulta y los martillazos retumbaban por todo el edificio y se oían, casi desde el ayuntamiento. Intrigada por el ruido Miren bajó hasta el improvisado taller e increpó a sus hijos sobre el origen de los ruidos. Patxi haciendo gala de su más angelical sonrisa le contestó: *“Estarás contenta ¿verdad Ama? Te estamos haciendo un mueble de cajones para los calcetines”*. Miren viendo el desaguisado aquel, con toda la habitación llena de astillas, serrín y virutas, respondió *“Lo que necesito yo son calcetines para los cajones, no cajones para los calcetines, que bien de sitio tengo en casa para meterlos”*.

EL QUE HAYA SIDO YA HA COBRADO

Miren, una mujer luchadora, tratando siempre de que las “faenas” de sus hijos llegaran mitigadas hasta el Aita para evitar broncas, tenía que administrar justicia, premiar y castigar. En esto último yo fui testigo e incluso administrado por parte de uno de los juicios sumarísimos a los que nos sometía Miren.

Tendríamos sobre los diez u once años cuando en el piso vacío al que he hecho alusión antes se armó un follón fenomenal por parte de los *Caito Boys*, es decir nosotros. Jugábamos al escondite con las luces apagadas y aquello todo eran gritos, saltos por encima de la cama, carreras por el pasillo, que culminaron con un estruendo horroroso al tropezar alguien que iba a plena carrera y a oscuras con algo y salir poco menos que por el aire hasta chocar con la cabeza contra una puerta. Instantes más tarde, se cortó de golpe el jolgorio al sentir el ruido de la puerta de entrada y los gritos de Miren. Todos de repente con cara de buenos, nadie había hecho nada, nadie sabía nada y nadie había oído nada. Ante nuestra negativa a abrir la boca, Miren se puso en la puerta, se quitó una zapatilla y esgrimiéndola como una porra dijo: *“Venga... todos a la calle...”*

rápido que voy a cerrar...” Y según salíamos nos fue arreando desde el primero hasta el último. Allí no se salvó nadie, pero lo más curioso fue su frase final: *“No sé quién habrá sido, pero el que haya sido ya ha cobrado”*

Y éstas son unas anécdotas elegidas al azar entre un sinfín de ellas, para hacer un muestreo del talante de aquellas mujeres a las que habría que hacer una nueva *Dámasa*, donde además, la teta fuera tendría sentido.

